

Cuento:

El otro Terrorismo

Autora: Ana Belén Pérez Villa

Suena el despertador. En realidad se despierta mucho antes de que salte la alarma. Nunca lo apaga, a pesar de la noche en blanco. Hace demasiado tiempo que el reloj funciona por su cuenta, que se desencaja atronador, mientras el sueño de Palmira no llega.

Gira su cuerpo hacia el lado derecho, se calza las zapatillas y dedica una mirada perdida a otro día calcado. Levanta la persiana. Todavía es de noche. Muy pronto para el día, tarde para la madrugada. La cafetera resopla y se retuerce en el fuego. Palmira abre el grifo de la ducha y deja caer el agua hasta que se templá. Llueve sobre su cuerpo.

Evita fijarse en su anatomía atormentada y el jabón va ocultando las huellas de un chantaje casi mortal. Envuelta en un albornoz repeina la melena negra despacio, dejando grandes surcos detrás de las púas.

Enciende la radio, sube el volumen, las noticias se cuelan por la memoria y causan dolor. Antes de marcharse, en el espejo del recibidor, Palmira dibuja sus labios, sus ojos, se recoge el pelo, bien prieto, suspira, cierra la puerta, y los ojos. Lo hace siempre.

Baja las escaleras pensando en la reunión del partido que ha preparado con alfileres. Ayer no pudo mirarse nada. Es increíble, ahora que vive sola tiene menos tiempo que antes. Será que han crecido los días.

De todas formas, es diferente. Todo es diferente. Acojona. Vivir con miedo paraliza, atormenta, escandaliza a la libertad, a lo más justo.

El escolta no pierde de vista los movimientos de Palmira: huele su miedo. Siempre lleva gafas de sol, se siente más segura. Hace unas semanas lo volvió a intentar, por eso desde entonces un policía sigue sus pasos. La orden de alejamiento no es un muro de espinas para el terrorista.

No sonríe. Habla poco y llora mucho. Reconoce que la vida le ha dado muchos desplantes, en esta ocasión se agarra a una oportunidad confusa, pero propia.

Terror a los coches, a los desconocidos, a las esquinas, a la noche, a la multitud. Terror a ser reconocida. La ley a veces no puede frenar los ataques de un terrorista. Lo hace y punto. No están perseguidos, ni aparecen en listas negras, ni en los cristales de las comisarías de todo el país. Estos no. Algunos todavía les justifican, y la justicia en ocasiones mira con el ojo tuerto.

No echa un vistazo debajo del coche, sencillamente porque no tiene coche. Pero las violaciones, los golpes y las humillaciones sí las revisa; cuando después de un sueño ligero, despierta sobresaltada, nerviosa, aturdida, desorientada y dolida, por dentro y por fuera.

Casi un centenar de velas queman las cicatrices de las que pueden homenajear a sus iguales. Palmira vuelve del trabajo, de las velas, de la reunión del partido, y abre la puerta con cautela. Enciende todas las luces, mira debajo de la cama y cae sobre el colchón, rendida, pensativa, serena.

«Un día más», piensa en voz alta.